

# *Una comida entrañable en el desaparecido Mirador de “El Lasso”. Recuerdos de su regreso a Gran Canaria en 1959*

PEDRO GONZÁLEZ-SOSA

El director del Seminario de Humanidades “Agustín Millares Carlo”, del Centro Asociado de la Universidad a Distancia de Las Palmas, el docto profesor y amigo Antonio Bèthencourt Massieu, me pide unas cuartillas sobre alguna vivencia o anécdota que recordara en el transcurso de mi amistad con el universal paleógrafo, cuyo 20 aniversario de su fallecimiento se cumple el 20 de febrero del 2000.

Efectivamente, son muchos los recuerdos entrañables y algunas las anécdotas que conservamos de don Agustín, a secas, como cariñosamente le llamábamos sus amigos. Me dispensó desde el primer momento de su arribada a Las Palmas, de regreso de Méjico en enero de 1959, un gran afecto al que le correspondí hasta su fallecimiento. Aquel año casi acabábamos de iniciar la colaboración periodística en el diario “Falange”, (que luego, a partir de 1963, se llamó hasta su desaparición, “El Eco de Canarias) con una sección de entrevistas cortas que se encuadraban bajo el título genérico de “Aquí y ahora con...”.

Fueron muchos años de amistad recíproca —con un episodio lastimoso de recriminaciones mútuas en el período en el que él era el director del Plan Cultural puesto en marcha por Lorenzo Olarte y al que luego nos referiremos— a pesar de la diferencia de edad, nosotros con veinte y pocos años y él ya un consumado profesor con fama internacional de gran paleógrafo.

Entre los papeles viejos conservados en mi archivo se encuentra, amarillento por el paso del tiempo, una de aquellas entrevistas, publicada el 18 de enero de 1959, que mantuvimos con don Agustín el mismo día de su arribada

a la isla. Nos contó que el motivo de su viaje a Gran Canaria era completar la nueva edición del Ensayo de una Bio-bibliografía de escritores naturales de Canarias, entre los siglos XVI y XVIII, cuya primera edición, recordaba, se realizó en 1932, y que desde entonces hasta aquel momento habían aparecido nuevos escritores, y a modo de ejemplo añadió que entre los nuevos nombres estaba fray Martín de Escobedo, descubierto en un manuscrito, donde al retratar el paso de unos amigos por Canarias el fraile llama a las islas “mi Patria”.

Nos confesó que lo más que le preocupaba en aquel momento era la situación de los archivos de las islas, municipales y eclesiásticos, aunque mayormente los primeros. Lamentaba que por la desidia de los ayuntamientos de aquel entonces “desgraciadamente se están perdiendo...”.

Llegaba, según sus propias palabras, ilusionado por conocer la “nueva época” de El Museo Canario. De su estancia en Méjico nos dijo que no hacía otra cosa que trabajar, aparte de sus cuatro horas diarias de clases en la Universidad, y que uno de sus últimos libros era el titulado “Crónicas de la Compañía de Jesús”, con prólogo del investigador mejicano Francisco Gonzalez Cossío. Don Agustín llegaba en 1959 a Gran Canaria tras pasar primero por Simancas, Madrid y Barcelona.

De aquella su estancia en Las Palmas, tras largos años de ausencia, tiene uno en la memoria el recuerdo de muchos actos y acontecimientos. Frecuentaba yo en aquella época, quizás el más joven de los contertulios, las dependencias de El Museo Canario y sobre todo la famosa “zapatería” de Pepito Naranjo, un revuelto taller de todo, principalmente, laboratorio fotográfico donde consumía muchas horas de trabajo. Por esa presencia nuestra en aquella venerable Institución, participamos, entonces, en una comida ofrecida a don Agustín en el desaparecido mirador “El Lasso” que el Cabildo tenía en la montaña del mismo nombre y que regentaba Agustín Artiles.

En aquella entrañable comida —en la que yo era el benjamín de los comensales— estaban señeros hombres de la cultura de Gran Canaria como don Simón Benitez Padilla, don Juan Bosch Millares, don Rafael O’Shanahan, Manuel Morales Ramos, Luis Jorge Ramírez, Manuel Hernández Suárez, Don Enrique Marco Dorta, el antropólogo catalán don Miguel Fusté, don José Miguel Alzola, don Juan Rodríguez Doreste y algunos otros que igualmente podrán reconocerse en las fotografías que acompañamos a estas cuartillas.

A partir de entonces, don Agustín nos profesó amistad, de la que nos sentíamos orgullosos. Amistad que, sin romperse, se empañó una vez cuando siendo él responsable del Plan Cultural, osamos criticar una actuación, ni mucho menos personal del ilustre investigador, sino del ente que dirigía, lo que propició un cruce de cartas. Supongo que las nuestras acabarían en el cesto de

los papeles. Las suyas las guardamos como prendas de gran valor, pues aparte de venir de quien procedían, reflejan humanidad, humildad y sobre todo, afecto.

Nuestro comentario periodístico se refería, creemos recordar, a la supuesta pérdida de un proyecto teatral en las oficinas del Plan Cultural. El 25 de febrero de 1976, con Agustín se apresuró a escribirnos, para transmitir "*la extrañeza que su crónica me ha producido*". Dice que no es justa la crítica, de la que se "*deduce ninguna labor positiva realizada por el Plan y que parece que nuestra Oficina es un centro donde nada se hace como no sea perder o extraviar algún presupuesto de proyecto*".

La tremenda humanidad del venerable profesor queda de manifiesto, no obstante su pena por lo escrito, en las líneas finales de su carta: "*Usted me conoce de antiguo y este incidente no aminora la estimación en que le tiene su seguro servidor y amigo...*".

Un año después, olvidado este incidente, don Agustín nos escribe para recoger la idea lanzada en otro comentario de prensa, de que el Plan Cultural reeditara el libro de Santiago Tejera sobre Luján y nos pregunta: "*Su iniciativa me ha producido un gran acierto, ¿se encargaría usted de presentar el libro al público...*". Pero el Plan fue languideciendo y el libro no se reeditó.

En 1979, el bueno de don Agustín vuelve a escribirnos. Ahora para agradecer un artículo periodístico elogiando su labor y su figura. "*Lo publicado por usted es una nueva prenda de afecto de quien, como usted, no escatima en prodigarme las muestras de su benevolencia, que le ha llevado al extremo de dedicar un espacio a mi modesta tarea en su muy leída columna<sup>1</sup>. ¡Gracias, gracias mil...!*".

A principios de 1979 me trasladé yo a vivir a Tafira, muy cerca de donde tenía su casa don Agustín en la calle Santa Teresa. Todavía allí tuvimos tiempo de rememorar acontecimientos y de hablar, ambos, de proyectos; los suyos de mayor envergadura e importancia, como su extenso estudio recién publicado entonces sobre los libros españoles y portugueses legados a la Real Academia de la Historia por el marqués de San Román<sup>2</sup>, un general que fue amigo y contertulio de Pérez Galdós. O sobre su Tratado de Paleografía española que se proponía editar Espasa-Calpe y cuyas pruebas revisaba aquellos días.

Escaso tiempo después, el 20 de febrero de 1980, fallecía don Agustín, dejando a la investigación, la Paleografía, la isla y a sus amigos con el tre-

<sup>1</sup> El autor llevaba en el periódico *El Eco de Canarias*, del que era redactor, jefe de Información Local, una columna diaria con comentarios de actualidad titulada "Crónicas de la Ciudad y la Isla".

<sup>2</sup> "Libros españoles y portugueses del siglo XVI, impresos en la Península o fuera de ella". Descripción y comentarios de don Agustín, con prólogo de Dalmiro de la Válgona. Edición de 1977.

mendo vacío de su ausencia. Ausencia distinta a la que propició su retorno a la isla en 1959, pues ahora, con su desaparición del mundo de los vivos, sería definitiva, no obstante lo cual su vida, su obra y su recuerdo seguiría —y sigue— en la memoria de todos.

Tafira Alta. Noviembre de 1999